
PLATICA XLIII.

DE LA DISTINCION Y ADMIRABLES VENTAJAS QUE LLEVA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA Á TODOS LOS DEMAS SACRAMENTOS.

A 2 de Mayo de 1894.

LA púrpura, para hacer cabal estimacion de su fineza, no se ha de mirar sola, se ha de poner junto á otra púrpura: *Purpura juxta purpuram dijudicanda.* Arrebata los ojos lo hermoso y encendido de su color, de modo que lo que sola no parece que tiene comparacion, comparada luego queda tan caída y mustia, que se advierte bien cuánta es de lo mas fino la ventaja. Por eso en el Templo de Júpiter Capitolino se guardaba un manto de púrpura, dádiva de no sé que Rey de la Persia, donde cotejando sus púrpuras, aun de los mayores Emperadores de Roma, si antes parecian sin igual, al cotejo de aquella, ni aun llegaban á comparacion, pareciendo ya muertas cenizas de-

lante de la que en la fineza ostentaba divino esplendor, dijo Vopisco: *Cineris specie decolorari videbantur divini comparatione fulgoris.* Mas si ese cotejo así entre distintas púrpuras, dá bien á conocer de su fineza las ventajas en una púrpura misma cotejada consigo, porque no puede tener otra comparacion, mejor hemos de reconocer ventajas infinitas hasta donde mas pudo subir la fina Púrpura del mas supremo Rey de Reyes; la Sangre digo, del Hijo de Dios, que en todos los siete Sacramentos, si ostenta su fineza, su valor, su hermosura, su precio, de modo que en cada uno mirado solo, no parece que pudo hacer mas el enamorado Artífice Divino, para nuestra gala y para nuestro adorno; todos luego juntos nos, ván mostrando al cotejo cuántos son del Divino Amor los excesos. En cada uno vemos la Sangre de un Dios muerto; ¡con qué encendido color de finezas! ¡con qué subido ardor de caridad! ¡con qué redoblado tinte de méritos! No puede subir mas, diria el humano entendimiento; y aun el Angélico Doctor al ver solo cómo en el *Bautismo*, sacando una alma de esclava del demonio se le viste la real púrpura de hija de Dios: ¡qué hermosura! ¡qué subida de punto en la fineza! No puede llegar á mas. Pero luego, viéndola con nuevo grado en la *Penitencia*, aun despues de aquella primera púrpura perdida por la culpa, restaurada aun con realces mayores de fineza, ya la primera no parece tan sola, y ya esta muestra á nuevos visos las ventajas. No se fatiguen pues los filósofos en averiguar si puede haber un infinito mayor que otros; pues así vemos entre los Sacramentos no competirse solo, sino excederse unos á otros los infinitos.

Siendo pues todo el infinito valor de la Sangre

derramada de Nuestro Señor Jesucristo el que tenemos en cada uno de los Sacramentos, es con todo eso verdad católica, definida por el Santo Concilio de Trento, (*ses. 7. can. 3.*) que no son iguales entre sí todos los Sacramentos: que esta Púrpura Divina se ha de cotejar consigo misma para reconocer cómo se aventajan los grados de su fineza. Y siendo la mayor, la suprema en el Sacramento Santísimo de la *Eucaristía*, esta comparacion, este cotejo, es el punto de Doctrina Cristiana, que por orden se nos sigue. Este Sacramento admirable es entre los demas lo que entre los metales el oro, lo que entre los planetas el sol, lo que sobre los cielos el firmamento; tanto excede su infinito valor, tanto sus divinas luces, tanto su soberana elevacion. Representa como todos con las señales visibles lo invisible de la gracia que á los ojos de la fé se reserva. Eso es lo que tiene de comun con los demas Sacramentos. ¿Pero con cuánta diferencia luego, con cuánta distincion? Vámoslo observando con la fé para que sepa corresponderlo nuestro amor. Todos los demas Sacramentos consisten en el uso actual con que se reciben. El Bautismo no es Sacramento mientras está el agua en la pila, sino cuando al echar esa agua pronuncia el Ministro juntamente las palabras de la forma sobre el que se bautiza; y acabóse allí el Sacramento. La *Extrema-Uncion*, el *Orden*, no son Sacramentos mientras están en sus vasos los Sagrados Oleos, sino solo cuando con los debidos ritos, al ungirlos, profiere el Ministro las palabras de la forma; y al punto acabó el Sacramento; y así de los demas. Solo el Soberano Sacramento de la *Eucaristía* es el que como solio de Dios, como palacio y habitacion, escogió su Magestad para habitar entre no-

sotros; por eso lo escogió permanente, que no se contentó con hacer solo de paso los beneficios, sino con poner su habitacion en medio de nosotros, para todas las necesidades. Por eso pues, aunque las palabras de la Consagracion que dice el sacerdote, pasan al punto; aunque el recibirlo nosotros es en un instante, no quiso por eso que consistiera en eso su mas admirable Sacramento, sino en lo que dura, en lo que permanece, que es en las especies de pan que ven nuestros ojos, y en su mismo Cuerpo y Sangre que bajo de esas especies adora real y verdadera nuestra fé. De modo, que mientras se guarda en la Custodia, aunque ninguno comulgue, está entero y cabal este Sacramento, apercebido á nuestro bien, esperando Dios á que lo busquemos encarcelado entre las especies mientras hay quien llegue á conseguir en él su libertad, y todo un Dios empleado solo en esperar á que haya quien quiera recibir todos sus bienes. Gran liberalidad sería la de un Príncipe que á todos sus criados y ministros tuviera entregadas sus riquezas con orden de que á cualquiera necesidad de cualquier vasallo, acudieran prontos á socorrerla; pero si ademas el mismo Príncipe se encerrara con todas sus riquezas, solo á esperar todos los instantes á ver si habia quien las quisiera todas, ¿qué amor sería el que se mereciera aun de los mas ingratos? ¿Qué hace pues Dios en aquel Sacramento? Esperarnos á tí y á mí, solo para dársenos todo. ¡Oh fineza, aun sobre finezas infinitas la suprema!

Dióles agua milagrosa á los israelitas por dos veces, una en Raphidim y otra en Cedés, haciendo brotar nuevas fuentes para satisfacer su sed; pero luego con nuevas maravillas hizo que los fuera acompañando en su camino aquella piedra misma

que les servia de fuente. ¡Oh, cuánto mas aventajado beneficio, aun siendo tan grandes los primeros: por eso lo ponderó aparte San Pablo: *Consequente eos petra*. Pero entre nosotros, ¡cuánto mas infinito! pues no contento con darnos los raudales en los demas Sacramentos, nos dá en este Sacramento la fuente misma, nuestra piedra, que es Cristo; no ya en figura, sino en realidad: *Petra autem erat Christus*. En los demas Sacramentos, al existir juntas la materia y la forma, entónces dá la gracia; al estar, digo, en el *Bautismo* el agua, que es la materia, y las palabras del ministro, que son la forma. Pero en la Eucaristía la materia, que es el *pan* y el *vin*o, se destruye del todo, se acaba: las palabras del sacerdote, que son la forma, se pasan y vuelan; y ¿quién dá al alma en este Sacramento la gracia? ¿Quién? El mismo Hijo de Dios por su propia mano, que es el que queda bajo de las especies. ¡Oh, qué ventaja tan infinita! ¡cuanto vá del Artífice vivo al instrumento muerto! ¡cuanto vá del Príncipe Supremo á su inferior ministro! ¡cuanto vá del *agua* ó del *oleo* á la misma Divinidad! ¡y cuanto vá, en fin, de Dios á la criatura! En los otros Sacramentos son instrumentos las criaturas, por cuyo medio se dá la gracia al alma que los recibe; pero en la Eucaristía al dá al alma la gracia no hay humano Ministro, no hay criado ni instrumento; el mismo Dios íntimamente unido al alma es el que allí liberal se comunica; ¡y cuánto vá de lo que reparte un criado, á lo que un Rey por su propia mano reparte, á quien su misma grandeza le está empeñando lo generoso? Mírenlo.

Hábele hecho no sé qué obrilla ligera un oficial al Sumo Pontífice Paulo IV, y salió tan primorosa,

tan á su gusto, que trató el Pontífice de pagarle por su mano.—Santísimo Padre, díjole el oficial, ya me ha pagado el mayordomo.—Sí, le respondió apacible, no dudo que os habrá pagado vuestro trabajo; pero yo quiero pagaros vuestro primor; y dióle doscientos escudos de oro por el primor, cuando el mayordomo solo le habia dado seis escudos por el trabajo. Tanto así vá de dar un criado á dar un Príncipe, que cuanto á este lo extiende su grandeza, á aquel lo encoge su inferioridad.

Perilo, caballero pobre, le pidió á Alejandro un socorro para dotar á unas hijas pobres que tenia; y aquel sin detenerse: Que os dén, le dijo, cincuenta talentos de oro. Era una suma grande, y por eso él encogido le dijo: Con diez bastaba, señor.—Andad, que vos tanteais como Perilo; mas yo doy como Alejandro. ¿Pues qué dijera, si pudiera decir, yo doy como Dios? ¡Oh, con cuántas ventajas de cuanto pueden dar las criaturas, aun siendo sus instrumentos, dió aquel Dios, para provecho de los cuerpos, tantas virtudes á las plantas, á las piedras, y aun contra el mismo veneno, á las carnes de las vívoras: juzgue cada uno cuál seria la virtud que reservó á su misma carne virginal, destinada en aquel Sacramento para antídoto de las almas! Por eso aquella extática admirable Virgen, Santa Teresa de Jesus, (*cap. 34. in vit.*) exhortando á sus hijas á lograr con viva fé la union con Dios, despues de la Comunion les decia: Quien de paso con un mirar sanaba á los ciegos, con una palabra resucitaba los muertos, con solo tocar la horla de su vestido sanaba los enfermos, ¿qué hará tan íntimamente unido en el corazon y en el alma?

No se dejó en casa, solía decir con gracia el extático varon Padre Baltasar Alvarez, de nuestra

Compañía, confesor de la misma Santa Teresa; no se dejó en casa cuando vino á ponerse en la Eucaristía, no se dejó en casa los ojos de su misericordia, el corazón de su amor infinito, las entrañas de su piedad, no, todo lo tiene junto en aquel Sacramento; ¿pues cómo repartirá allí sus beneficios? Por eso pues dijo con gran propiedad el Catecismo Romano, que todos los otros seis Sacramentos son como arroyos, respecto de la Eucaristía que es la fuente; que si los demas son señales que representan y dán la gracia; este, no la gracia sola, sino al mismo Dueño y Fuente de la gracia, representa y contiene. Por eso, si todos los demas son santos, este sobre todos lo apellidamos el Santísimo. Por eso el antiguo Padre San Dionisio dijo que este Sacramento era la perfeccion que cumplia, era el fin á que se ordenaban todos los demas Sacramentos.

Reengendra y dá la primera vida en Cristo el *Bautismo*; pero esa vida la sustenta, la mantiene y la aumenta la *Eucaristía*. Fortaleza en la fé para las batallas dá la *Confirmacion*; pero esa fortaleza la aumenta hasta hacerla invencible el Pan Sacramentado. Por eso al ir á los tormentos lo recibian los mártires, con que se hacian tan invencibles. Y así, porque San Lorenzo, armado de este Pan divino que acababa de recibir, venció tan horribles tormentos, lo repetimos los sacerdotes despues de acabar la misa, pidiendo la fortaleza: *Qui Beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare.* Despues del *Bautismo*, limpia y lava al alma de los pecados la *Confesion*; mas la Eucaristía no solo la purifica aun de los veniales, sino que la preserva de venideras caídas. Quita las reliquias de las culpas y dá fortaleza para la muerte al al-

ma la *Extrema-Uncion*; pero la Eucaristía corrobora mas esas fuerzas en tan peligrosa batalla. Dispone y consagra el *Orden Ministros* para el altar; pero la Eucaristía es la que les dá todo su esplendor, toda su honra. Dá gracia al *Matrimonio* uniendo dos almas en amable concordia; pero la Eucaristía en virginal pureza une mas estrechamente á Cristo con su Esposa la Iglesia. Así pues, en este Sacramento están juntas con admirable eminencia de todos los Sacramentos, las virtudes, las prerogativas, las gracias, como en la fuente los arroyos.

Del *ópalo* piedra admirable, dicen los naturalistas, que siendo una piedra sola, es en sí todas juntas las piedras mas preciosas, porque tiene del *carbuncló*, la llama; del *diamante*, el rayo; del *Ametisto*, la púrpura; de la *esmeralda*, lo verde; y de todas, todo lo precioso. *Opalus distinctus diversarum colore gemmarum*, dijo Isidoro. (*lib. 16. c. 2.*) Y si esa piedra es tan admirable, que no tiene precio, ¿qué serán juntos de todos los precios de Dios en sus Sacramentos lo mas precioso de la Eucaristía? Por eso tambien la llama el Areopagita, *Fin* á que se ordenan todos los Sacramentos; porque si cada uno, y todos, se dirigen á unir con Dios, el alma que los recibe, como lo hacen por la gracia, ¿cuál union mas íntima, mas estrecha, que la que en este Sacramento admirable consigue con el mismo Dios el alma? Por eso es consumacion de todos los Sacramentos.

¿Qué mucho es que sea tambien la junta y el compendio de todos los mayores misterios, que repita con admirable modo la Encarnacion del Hijo de Dios, pasmo de los cielos y de los siglos? Y si allí el unirse Dios con aquella sola infinitamente

dichosa humanidad, pasma á los Serafines, ¿qué será extender esa Encarnacion, (así lo explica San Crisóstomo) á unirse ya por este Sacramento con cada uno de los que le reciben? ¿Que repita su nacimiento amabilísimo en la tierra, regocijo del mundo y de los Angeles, renaciendo con admirable modo en este Sacramento, en que tantas veces se ha mostrado como tierno recién nacido niño? ¿Que repita toda su dolorosa Pasion, esmero principalísimo con que instituyó este admirable Sacramento para que fuese juntamente Sacrificio? ¿Que repita su gloriosa Resurreccion, estando allí con señales de sepulcro y de muerto, y con realidades de vivo? ¿Y que repita, en fin, su triunfante Ascencion, manteniéndose en aquel Sacramento las dotes del cuerpo glorioso? ¡Oh, qué junta de excesos tan prodigiosos! Y si cada Sacramento es todo un piélago; si cada Misterio un abismo, todos juntos con ventajas en el Sacramento de la Eucaristía, ¿qué serán? Medítelo la fé, abrázelo si puede toda el alma con el amor, y veámosle representado á su modo en este prodigio.

Refiere el Doctor y espiritualísimo Padre Juan Eusebio Nieremberg, en el libro de *Historia Peregrina*, en el capítulo quince de los milagros de Europa, y traelo Vasconcelos, (*in descript Regni Lusitan. Hautin. n. 18.*) nuestro Hautino y otros; y es constante fama de muchos que aun hasta hoy son testigos de vista. En un pueblo de Portugal, llamado antiguamente *Escalabisco*, que hoy en reverencia de Santa Irene se llama *Santarén*, una muger que en graves discordias con su marido padecía el infierno, que en tales dias de malos casados se padece, fuese á una hechicera, llamada Julia, á pedirle que le diese para amansar aquel tigre al-

gun remedio. Ofrecióla ella con tal que le tragese de la Iglesia una Hostia Consagrada. La perversa muger impía, sobre ignorante ejecutólo así; y en una Iglesia, llamada San Estéban, al comulgar, tuvo maña para ocultar en un lienzo la Hostia Consagrada. Sacóla muy oculta; mas presto se empezó á descubrir el divino Señor que en ella se ocultaba, porque empezó á correr con tanta abundancia la sangre, que despues de ir señalando el camino, iba tambien apuntando el horrendo sacrilegio. Tanto, que reparando cuantos la encontraban: Muger, ¿qué llevas? le decian; ¿vas herida que así derramas tanta sangre? Ella, mejor herida en el alma con estas voces, ocultó cuanto pudo el prodigio; llegó á su casa, ocultó el Divino Sacramento en un baulillo; y á la noche, durmiendo su marido, fué tan grande el resplandor que inundaba la pieza, que despertando él atónito, y sin hallar la causa: Muger, le dijo, ¿qué es esto? Ella entónces no pudiendo ya mas á tanta maravilla, le confesó de plano lo que habia hecho. Dió él aviso al Cura. Vino éste, y haciéndose notorio el prodigio, concurrió innumerable gente, aun de los lugares convecinos. Y aquí entran mas repetidos los prodigios, y tantos cuantas eran las personas que lo veían y que hasta hoy lo ven, porque hasta hoy dura y se guarda con grande admiracion esta Hostia Soberana; y es, que todos cuantos y cuantas la miran y la veneran, ven la Imágen de Nuestro Redentor Jesucristo en diferentes estados. Unos lo ven allí crucificado, otros en el cielo glorioso, otros en Belén como recién nacido, otros atado á la columna, otros coronado de espinas en el pretorio; y así todos atónitos les rebosa el regocijo al ver en un objeto tantas maravillas, y en una

Hostia tantos Misterios. Y afirma el mismo Padre Juan Eusebio, que dos hermanos de nuestra Compañía que estaban en Madrid cuando escribia esto, afirmaban que lo habian visto; el uno en figura de Ecce Homo, y el otro como un pedazo de carne muy blanca. Así con prodigio tan por todas partes estupendo, manifiesta el Señor cómo en este Sacramento se juntan y se compendian todos los Misterios, todos los Sacramentos, y todas en fin, las grandezas de Dios. ¡Oh, Dueño Divino de nuestros corazones! ¡Ojalá, y como así os adoramos con los ojos del alma, sea nuestra disposicion para gozar fruto de tantas maravillas. No para veros atormentado por nuestras culpas, ni enojado por nuestros delitos, sino afable y amoroso al ver vuestro amor triunfante y glorioso, al ver vuestra gracia sirviéndonos de prenda para iros á acompañar y gozaros en la gloria.

PLATCA XLIV.

DE LA MATERIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA,
Y POR QUÉ PARA ÉL ESCOGIÓ EL SEÑOR EL PAN.

A 9 de Mayo de 1694.

POR el aparato lo grande no siempre se mide bien, ni por lo rico de la materia lo precioso del artificio. Más á lo generoso obra quien sin mucho ruido de ostentacion, y mas á lo diestro quien á materia por sí no estimable hace que sea de inestimable precio solo por su labor. A aquel valerosísimo pintor Giotto, segundo Apeles de Florencia, le pidieron que diese alguna muestra de su mano, prueba de su pincel, para que viéndola en Roma el Sumo Pontífice Benedicto IX, lo llevase á la grande obra de San Pedro. Y cuando se podía esperar que afanara todas sus mas exquisitas ideas, él entónces sin mas aparato, sin mas prevenicion, tomando una hoja de papel, sentó el codo en la tabla, y sin otro compas que sus dedos corrió